



En la muerte del serígrafo y artista Javier Cebrián

Antonio Lázaro

Real Academia Conquense

Había encontrado en Altea ese blanco alcor bajo la sierra de Bernia, rodeado de naranjos que se miran en el mar, un buen lugar para vivir y desarrollar una obra que, desde la innovación y una cierta poesía lúdica, empezaba a granar y a tomarse y ser tomada en serio. Javier Cebrián empezó a explorar los fundamentos de la plástica y el color en el taller de serigrafía que, junto al pintor Ángel Cruz, fundara a mediados de los setenta en el barrio del Castillo, en Cuenca, en una alegre casa enjalbegada del camino de san Isidro. Casi desde el comienzo, su taller añadió a los nuevos valores constante trabajo y encargos de los grandes maestros contemporáneos: Antonio Saura, Bonifacio, José Guerrero, Úrculo, el Equipo Crónica, Mompó... Si se hiciera una retrospectiva con los mejores trabajos del taller de Cebrián, se ofrecería todo un paseo por el exuberante jardín de la mejor plástica española del último tercio del siglo XX.

Paralelamente, en meritoriaje cargado de alegría, desde los objetos encontrados y los *ready-made*, Cebrián se fue decidiendo a incursionar sin complejos en la creación plástica personal y propia: pequeña escultura, *collage*, fotografía, pintura, obra gráfica. Tuvo el coraje y la modestia de competir con los artistas jóvenes en certámenes y premios, porque su alumbramiento artístico fue tardío y respetuoso, fusionando en un crisol propio (entre las vanguardias de entreguerras y el *pop* que bebía del *comic* y el cine, siempre con guiños de una ironía muy personal y contenida, sin la celtibérica tendencia al esperpento) las múltiples influencias a que su natural mitomanía le hacía proclive. En la exposición antológica del arte de Castilla-La Mancha, organizada en 2002 por la Consejería de Cultura, estaba representado con uno de sus trabajos.

Con su esposa, la también conquense Concha Lledó, codirigía la colección "De buena tinta", que ha conseguido abrirse un hueco entre los sellos editoriales de obra gráfica más



Imagen de Javier Cebrián

innovadores del país y que tenía acreditada presencia en Estampa y otros foros de prestigio.

En palabras del escritor Antonio Martínez Sarrión, "su condición de serígrafo de larga y celebrada trayectoria y el hecho de que ejerciera su oficio hasta no hace mucho en plaza tan señera en el terreno de las artes como la de Cuenca- que es por cierto su pueblo natal- le puso en contacto con una pléyade de grandes artistas con los que colaboró -Saura, Guerrero, Gerardo Rueda y Bonifacio Alfonso entre otros- que allí permanente o estacionalmente trabajan o han trabajado. De modo tal, fijándose mucho, reflexionando no menos, paso a paso, sin avasallar a nadie, sin montárselo de genio o de maldito, casi

ocultándose a la vista de sus amigos, nos fue mostrando sus pinitos iniciales en los ochenta donde, en soporte claro es serigráfico, pagaba su tributo a la tradición no figurativa española, de la que Cuenca es plaza fuerte hace décadas. Siguió rumbo a una utilización ecléctica, pero de sello muy personal, de iconos que traían sus credenciales desde el constructivismo hasta el *pop-art*, con parada y fonda en el más estilizado arte negro africano".

Ganador entre otros del Premio de Escultura Castilla-La Mancha 1990, Cebrián tiene obra permanente en la Biblioteca Nacional de Madrid y en la Consejería de Cultura de Castilla-La Mancha, en Toledo.

Cebrián se distinguía por el don precioso de la amistad, que sabía mantener y renovar. Pertenecía a la estirpe de los grandes conversadores y en su campo de interés cabían un montón de cosas: de la historia a los viajes, de la gastronomía al cine o los iconos de masas contemporáneos...

Una ola roja, que no venía del sosegado mar levantino, ha anegado una vida mucho más ilusionada y joven que los sólo sesenta años que había cumplido hace poco. Ha sucedido un día de invierno en que hasta los naranjos parecían tristes. Descanse en paz. ■

RESUMEN:

Javier Cebrián, pintor, grabador y escultor conquense, falleció a principios de enero de 2005 en su casa de Altea. Su amigo y sobrino, el también escritor conquense Antonio Lázaro Cebrián, hace aquí una apresurada necrológica, en la que destaca además de sus cualidades artísticas y emprendedoras, su valía como persona y algunas opiniones sobre su obra.

de Castilla-La Mancha